

La Quintrala en el cine

CADA uno es dueño de forjarse a la Quintrala como le da la gana. La primera fue la que el Obispo Salcedo describió en carta al Rey en 1631.

Acogieron el juicio del señor Salcedo don Crescente Errázuriz y Vicuña Mackenna. En otra carta, de 1634, el Obispo Salcedo recordó al Rey los pecados de don Pedro de Valdivia, para ahondar el descrédito de la familia de la Quintrala. Sabido es que Valdivia mandó casarse a su criado Gonzalo Ríos, con una de sus concubinas, llamada María Encio. Esta mestiza, talvez mulata, traída de Perú por Valdivia, es la abuela paterna de la Quintrala.

Digo que sería mulata por cuanto ejercía la adivinación, respetaba a las culebras y era aficionada a los bailes diabólicos. En Haití el culto a la culebra es totemico.

Don Crescente Errázuriz fue censurado por el Padre Maturana, de los Agustinos, como Vicuña Mackenna, por haber dado fe a las afirmaciones del Obispo Salcedo contra la Quintrala y Pedro de Valdivia.

Ahora voy a referirme a la Quintrala de la película en el Teatro Central. ¿Tiene esta Quintrala un asomo de realidad histórica? Ninguno. Produce risa ver esos individuos vestidos de mosqueteros en una linda plaza de exposición española. No eran así las personas ni las casas. Mucho menos la Quintrala.

¿Cómo sería la verdadera Quintrala? Me la imagino con la estampa chilénísima de una huasa cuarentona, sobrealimentada, viva, inteligente, cachetona y charchuda, con espíritu adquisitivo y cara feliz de luna llena. Nunca fue bonita.

A toda mujer, cuando es bonita, se le añade la marca de la bonitura, a manera de clasificador, y permanente diferenciador. Todos conectamos mentalmente la idea de belleza con ciertos nombres de mujeres históricas: Elena, Friné, Cleopatra, Pompadour, no importa que no tengamos retratos de ellas. De la Quintrala no conocemos una sola mención de belleza. Otro dato: las bonitas no suelen ser crueles ni sádicas, sino simples o tontas.

Insisto: Para ubicar a la señora Quintrala es preciso adivinar, como Le Verrier al astro Neptuno, mediante los fenómenos visibles en su alrededor. El astro sigue invisible. No creo en patrañas de retratos, casas o camisas de la Quintrala. En los diccionarios araucanos he visto:

Kim, que conoce.

Kim tralca, conoce el trueno.

El origen del nombre Quintrala debe andar por ahí. Acaso tuvo arcabuz u otro. Decir que proviene del perjudicial quintral es ab-

surdo. El quintral era útil en los tiempos quintralianos como colorante y liga para cazar pájaros. No había álamos en tiempos de la Quintrala. Los álamos llegaron en 1818. Todavía, en los campos, veneran a la Quintrala como protectora del fuego. Los ojos de la Quintrala debieron ser cautelosos y defensivos. En sus tiempos las damas desmenuzaban las palabras que vibraban cerca de ellas, atribuyéndoles intenciones diversas, cual si fueran transidas de poderes malignos o mágicos. Todo su drama de amores partió del despecho. Casó al final de su vida con viejo cargado de hijos naturales. Se conocen los nombres de las bonitas afortunadas de su tiempo: la esposa de Alonso de Rivera de Córdoba y la bella hija de Inés de Agullera. Veras efigies de ninguna tenemos. Falsísimos en el teatro son las vestimentas, los comportamientos, los objetos de que se valen y las viviendas.

¿Cómo hacían su aseo las personas en aquellos tiempos? En verano, es posible, en los ríos. En invierno todo el mundo era de rulo. Hasta hace medio siglo eran escásimos los baños en las viejas casas de Santiago. ¿Cómo se sonaban las narices? Hace poco más de cien años un viajero francés, en Concepción, se asombró de ver a una niña de buena sociedad sonándose a la manera quintraliana: los dedos índice y pulgar de la derecha en la nariz y un fuerte soplo con la cabeza graciosamente inclinada al suelo a la derecha. En la mesa no había más cubiertos que el cuchillo carnicero y alguna cuchara. Cada cual cogía los trozos de carne sangrante con sus manos. Las urgencias fisiológicas eran satisfechas en un hoyo alejado en la parte posterior de las casas. Después se usó el sistema del zambullo. Vidrios no se conocían. El calzado corriente era la ojota. No se conocieron alfileres hasta en 1650. Muy caros. De ahí el término inglés *pin money*. Las mantillas llegaron después de 1700. Las peinetas y mantones después de 1750. Objetos de tocador de mujeres: los polvos venían de Macao, por Acapulco. Aceite de coco para el pelo, Alheña, borraja, índigo, Kohl, hojas de rosas y de geranio. Bolsas de terciopelo rojo para las monedas. En 1850, Boussingault trajo el primer corset. La Plaza de Armas de Santiago, cubierta de basuras, era un mercado por las mañanas. En la puerta de la cárcel exhibían los cuerpos de los asesinados. Azotaban y ejecutaban a la vista del público. Zapiola, doscientos años más tarde, describió la guerra de ojotas en dicha plaza. Calzado de mujeres ricas en días festivos eran borceguíes, chinelas de tela o chanclos de madera. "Poner chapines a

la niña de sus ojos" significaba casarse. Los esclavos de casa de la Quintrala usaron libreas de algodón teñidas de verde oscuro. Los espejos de vidrio, esos parásitos de la mujer, no se conocieron hasta pasado 1700. En cambio de los de cristal se usaban los de metal. Naipes había en cantidades. Las casas, con el suelo pelado, solían tener espaciosas salas blanqueadas con greda o cal de conchas marinas. Los techos, en mayoría de paja. En 1657 la población de Santiago subía a 4.986, cuatro mil novecientos ochenta y seis individuos, españoles, indios, negros y mestizos. En tiempos de la Quintrala había ya mulatos con el ilustre nombre de Ahumada. Las dentaduras no debieron ser muy firmes, juzgando por las confesiones del Obispo Villarroel. Moneda corriente eran las cabras. Cuando un juez fue de acusador en casa de la Quintrala, preguntó qué uso daba a cierta larga varilla con punta. Respondió ésta que la usaba desde su cama para espantar a las gallinas. Error grande en la película es el de poner sombreros de vicuña, con alas y plumas, en los individuos. Durante los reinados de los Felipes se usó la gorra. En los retratos de Antonio Pérez en los dos tomos de Maraño, los varones usaban la gorra. En la obra *El terremoto del 13 de mayo de 1647*, por Miguel Luis Amunátegui, página 342, leo: "las damas se tapaban las caras para que no las viese un galán venido de Lima que se sonreía con ellas y las saludaba con la gorra."

La imaginación de la dama analfabeta fue riquísima. Original, sin desgaste. Descendiente de germanos, de indias, de españoles y de mulata, en regiones nuevas del mundo, dicha imaginación reinó exuberante, irisada de fantasmas, con animales quiméricos y con hombres hermosos, fabulosamente perfectos y galantes, como no se encontraron en la realidad. Las crueldades de la Quintrala, como las de Pedro El Cruel, se definen en justicia, en deseo exacerbado de perfección. Fue una idealista. Deseaba encontrar hombres perfectos, sirvientes, pajes, cocineras, mayordomos perfectos. Hay patronas así todavía. Para entenderlas es preciso ser muy chileno del gran mundo de ayer. Santiago tiende a corromperse siempre. La Quintrala lo sintió pudrirse. Olla de todas las ambiciones de la Frontera, de todos los resentidos y podridos. Pedro de Oña lo vio así: "Albergue de holgazanes y baldíos, a donde el vicio a sus anchuras mora."

Independientemente, como interpretación de una novela escrita por el público chileno, la película es admirable.

J. E. B.